

CAPITULO XIX.

En que se prosigue lo mismo , con otros varios sucesos.

No cerré los ojos en toda la noche , considerando mi desgracia , que no fue dar en el tejado , sino en las fieras , y crueles manos del Escribano ; y quando me acordaba de lo de las ganzuas , que decia haberme hallado en la faltriquera , y las hojas que habia escrito en la causa , eché de ver que no hay cosa que tanto crezca como culpa en poder de Escribano. Pasé la noche en revolver trazas : unas veces me determinaba á rogárselo por Jesu-Christo ; y considerando lo que él pasó con ellos vivo , no me atrevia. Mil veces me quise desatar , pero sentíame luego , y levantábase á visitarme los nudos , que mas velaba él en cómo forjaria el embuste , que yo en mi provecho. Madrugó al amanecer , y vistióse á tal hora , que en toda su casa no habia otros levantados sino él , y los testimonios. Agarró la correa , y volvióme á reparar muy bien las costillas , reprehendiéndome el mal vicio de hurtar , como quien tambien lo sabia. En esto estábamos , él dándome , y yo casi

determinado de darle á él dineros (que es la sangre con que se labra la dureza de semejantes diamantes) , quando incitados , y forzados de los amorosos ruegos de mi querida , que me habia visto caer , y apalear , desengañada de que no era encanto , sino desdicha , entraron el Portugués , y el Catalan ; y en viendo el Escribano que me hablaban , desembaynando la pluma , lo quiso espetar al punto por cómplices en el Proceso. El Portugués no lo pudo sufrir , y tratóle algo mal de palabras , diciéndole que él era Caballero Fidalgo de Casa del Rey , y que yo era un home muyto Fidalgo , y que era bellaquería tenerme atado. Comenzóme á desatar , y al punto el Escribano clamó con algazara : Resistencia ; y dos criados suyos (entre corchetes , y ganapanes) pisaron las capas , y deshiciéronse los cuellos , como lo suelen hacer para representar las puñadas que no ha habido , y pedian favor al Rey. Los dos al fin me desataron ; y viendo el Escribano que no habia quien le ayudase , dixo : Voto á tal que eso no se puede hacer conmigo , y que á no ser Vs. mds. quien son , les podria costar caro. Manden contentar estos testigos , y echen de ver que les sirvo sin interés. Yo ví luego la letra , saqué ocho reales , y díselos : y aun estuve por volverle los palos que me habia da-

do ; pero por no confesar que los habia recibido, lo dexé , y me fui con ellos , dándoles las gracias de mi libertad , y rescate , con la cara rozada de puros moxicones, y las espaldas algo mohinas de los varapalos. Reíase el Catalan mucho , y decia á la niña , que se casase conmigo para volver el refran al rebés , que no fuese tras cornudo apaleado , sino tras apaleado cornudo. Traítame de resuelto , y sacudido por los palos. Traíame afrentado con estos equívocos. Si entraba á visitarlos , trataba luego de varear, otras veces de leña , y madera. Yo , que me ví corrido , y afrentado , y que me iban dando en la flor de lo rico , comencé á tratar de salirme de casa ; y para no pagar comida , cama , ni posada , que montaba algunos reales , y sacar mi hato libre , traté con un Licenciado Brandalagas, natural de Hornillos , y con otros dos amigos suyos , que me viniesen una noche á prender. Llegaron la señalada , y requirieron á la huéspedada , que venian de parte del Santo Oficio , y que convenia secreto. Temblaron todos por lo que yo me habia hecho Nigromántico con ellas. Al sacarme á mí callaron ; pero al ver sacar el hato , pidieron embargo por la deuda ; y respondieron que eran bienes de la Inquisicion. Con esto no chistó alma terrena. Dexáronles salir , y

quedaron diciendo que siempre lo temieron. Contraba al Catalan , y al Portugués lo de aquellos que me venian á buscar , que eran demonios , y que yo tenia familiar ; y quando les contaba del dinero que yo habia contado , decian , que parecia dinero ; pero que no lo era de ninguna suerte. Persuadiéronse á ello. Yo saqué mi ropa , y comida horra. Dí traza con los que me ayudaron , de mudar de hábito , y ponerme calza de obra , vestido al uso , cuellos grandes , y un lacayo , en menudos dos lacayuelos , que entonces era uso. Animáronme á ello , poniéndome por delante el provecho que se me seguiria de casarme con ostentacion , á título de rico , que era cosa que sucedia muchas veces en la Corte ; y aún añadieron que ellos me encaminarian á parte conveniente , y que me estuviese bien , y con algun arcaduz por donde se siguiese. Yo , negro , codicioso de pescar muger , determinéme. Visité no sé cuántas almonedas , y compré mi aderezo de casar : supe dónde se alquilaban caballos , y espetéme en uno el primer dia , y no hallé lacayo. Salíme á la Calle mayor , y púseme enfrente de una tienda de jaeces , como que concertaba alguno. Llegáronse dos Caballeros , cada qual en su caballo : preguntáronme si concertaba uno de plata que tenia en las manos.

Yo solté la presa , y con mil cortesías los detuve un rato. En fin, dixerón que se querian ir al Prado á bureo ; y yo (que si no lo tenían á enfado) los acompañaria. Dexé dicho al Mercader , que si venian allí mis pages , y un lacayo , que los encaminase al Prado : dí señas de la librea , métime entre los dos , y caminamos. Yo iba considerando que á nadie que nos veía era posible el determinar , y juzgar cuyos eran los pages , y lacayos , ni cuál era el que no los llevaba. Empecé á hablar muy recio de las Cañas de Talavera , y de un caballo que tenia porcelana. Encarecíles mucho el Roldanesco , que esperaba que me habian de traer de Córdoba. En topan-do algun page , caballo , ó lacayo les hacia pa-rar , y les preguntaba cuyo era , y también de-cia de las señas , y si le querian vender. Ha-cíale dar dos vueltas en la calle ; y aunque no la tuviese , le ponía una falta en el freno , y de-cia lo que habia de hacer para remediarla. Qui-so mi ventura que topé muchas ocasiones de ha-cer esto. Y porque los otros iban embelesados , y á mi parecer diciendo quién será este tagaro-te escuderon , porque el uno llevaba un Hábi-to en los pechos , y el otro una cadena de dia-mantes , que era Hábito , y Encomienda todo junto , dixé yo , que andaba en busca de bue-

nos caballos para mí , y otro primo mio , que entrábamos en unas fiestas. Llegamos al Prado , y en entrando saqué el pie del estribo , y puse el talon por defuera , y empecé á pasear. Lleva-ba la capa echada sobrè el hombro , y el sombre-ro en la mano. Mirábanme todos ; qual decia : Este yo le he visto á pie ; otro : Lindo vá el buscon. Yo hacia como que no oía nada , y pa-seábame. Llegaron á un coche de damas los dos , y pidiéronme que picardease un rato. Dexéles la parte de las mozas , y tomé el estribo de ma-dre , y tia. Eran las vejezuelas alegres : la una de cinqüenta , y la otra punto menos. Díxelas mil ternezas , y oíanme (que no hay muger , por vieja que sea , que tenga tantos años como presuncion). Prometílas regalos , y preguntélas del estado de aquellas señoras , y respondieron que doncellas ; y se les echaba de ver en la plá-tica. Yo dixé lo ordinario , que las viesen colo-cadas como merecian , y agradóles mucho la pa-labra colocadas. Preguntáronme tras esto que en qué me entretenia en la Corte? Yo les dixé que en huir de un padre , y madre , que me que-rían casar contra mi voluntad con muger fea , necia , y mal nacida , por el mucho dote. Y yo , señoras , quiero mas una muger limpia en cue-ros , que una Judia poderosa ; que (por la bon-

dad de Dios) mi mayorazgo vale al pie de quarenta mil ducados de renta. Y si salgo con un pleyto que traygo en buenos puntos, no habré menester nada. Saltó tan presto la tia: ¡Ay señor, y cómo le quiero bien! no se case sino con su gusto, y muger de casta; que le prometo que con no ser yo muy rica, no he querido casar mi sobrina (con salirle ricos casamientos) por no ser de calidad. Ella pobre es, que no tiene sino seis mil ducados de dote; pero no debe nada á nadie en sangre. Eso creo yo muy bien (dixe yo). En esto las doncellitas remataron la conversacion con pedir algo de merendar á mis amigos. Mirábase el uno al otro, y á todos tiembla la barba. Yo, que ví la ocasion, dixé que echaba menos mis pages, por no tener con quién enviar á casa por unas caxas que tenía. Agradeciéronmelo, y las supliqué se fuesen á la Casa del Campo al otro dia, y que yo las enviaria algo fiambre. Aceptaron luego: dixéronme su casa, y preguntaron la mia; y con esto se apartó el coche, y yo, y los compañeros comenzamos á caminar á casa. Ellos, que me vieron largo en lo de la merienda, aficionáronseme: y por obligarme, me suplicaron cenase con ellos aquella noche. Híceme algo de rogar, aunque poco, y cené con ellos, ha-

ciendo baxar á buscar á mis criados, y jurando de echarlos de casa. Dieron las diez, y yo dixé que era plazo de cierto martelo, y que así me diesen licencia. Fuime, quedando concertado de vernos á la tarde del otro dia en la Casa del Campo. Fui á dar el caballo al alquilador, y desde allí á mi casa, donde hallé á los compañeros jugando quinolillas. Contéles el caso, y el concierto hecho, y determinamos enviar la merienda sin falta, y gastar doscientos reales en ella. Acostámonos con estas determinaciones. Yo confieso que no pude dormir en toda la noche con el cuidado de lo que habia de hacer con el dote; y lo que mas me tenia en duda era el hacer de él una casa, ó darlo á censo; que no sabia yo qué sería mejor, y de mas provecho para mí.

CAPITULO XX.

En que se prosigue el cuento, con otros sucesos y desgracias notables.

Amaneció, y despertamos á dar traza en los criados, plata, y merienda. Al fin, como el dinero ha dado en mandarlo todo, y no hay quien le pierda el respeto, pagádoselo á un repostero de un Señor, me dió plata, y la sirvió él, y tres criados. Pasóse la mañana en aderezar lo necesario, y á la tarde ya yo tenia alquilado un caballico. Tomé el camino á la hora señalada para la Casa del Campo. Llevaba toda la pretina llena de papeles, como memoriales, y desabotonados seis botones de la ropilla, asomándose algunos de ellos. Llegué, y estaban allá las dichas, los Caballeros, y todo. Recibiéronme ellas con mucho amor, y ellos, llamándome de vos en señal de familiaridad. Habia dicho que me llamaba Don Felipe Tristan; y en todo el dia no habia otra cosa sino Don Felipe acá, y Don Felipe allá. Yo comencé á decir que me habia visto tan ocupado con negocios de S. M. y cuentas de mi mayorazgo, que habia temido el no poder cumplir; y que así les apercibia á

merienda de repente. En esto llegó el repostero con su jarcia, plata, y mozos: los otros, y ellas no hacian sino mirarme, y callar. Mandéle que fuese al cenador, y que aderezase allí, que entretanto nos íbamos á los estanques. Llegáronse á mí las viejas á hacerme regalos, y holguéme de ver descubiertas las niñas, porque no he visto desde que Dios me crió tan linda cosa como aquella en quien yo tenia aestado mi matrimonio: blanca, rubia, colorada, boca pequeña, dientes menudos, y espesos, buena nariz, ojos rasgados, y verdes, alta de cuerpo, lindas manazas, y zazositas. La otra no era mala; pero tenia mas desenvoltura, y dábame sospechas de hocihada. Fuimos á los estanques, vimoslo todo, y en el discurso conocí que la mi desposada corria peligro en tiempo de Herodes por inocente: no sabia hablar; pero como yo no quiero á las mugeres para consejeras, ni bufonas, sino para acostarme con ellas; y si son feas, y discretas, es lo mismo que acostarse con Aristóteles, ó Séneca, ó con un libro, procúrolas de buenas partes para el arte de las ofensas: esto me consoló. Llegamos cerca del cenador, y al pasar de una enramada prendióseme en un arbol la guarnicion del cuello, y desgarróseme un poco. Llegó la niña, y prendiómela con un

alfiler de plata , y dixo la madre que enviase el cuello á su casa al otro día , que allá le aderezaria Doña Ana , que así se llamaba la niña. Estaba todo cumplidísimo , mucho que merendar , caliente , y fiambre , frutas , y dulces. Levantaron los manteles : y estando en esto ví venir un Caballero con dos criados por la huerta adelante ; y quando menos me cato , conozco á mi buen Don Diego Coronel. Acercóse á mí , y como estaba en aquel hábito , no hacía sino mirarme. Habló á las mugeres , y tratólas de primas , y á todo esto no hacia sino volver á mirarme. Yo me estaba hablando con el repostero ; y y los otros dos , que eran sus amigos , estaban en gran conversacion con él. Preguntóles (segun se echó de ver despues) mi nombre , y ellos dixeron : Don Felipe Tristan , un Caballero muy honrado , y rico. Veíame , y santiguábase. Al fin , delante de ellas , y de todos se llegó á mí , y dixo: V. md. me perdone , que por Dios que le tenia , hasta que supe su nombre , por bien diferente de lo que es ; que no he visto cosa tan parecida á un criado que tuve en Segovia , que se llamaba Pablillos , hijo de un Barbero del mismo Lugar. Riéronse todos mucho , y yo me esforcé , para que no me desmintiese la color , y díxele que tenia deseo de ver aquel hombre ,

porque me habian dicho infinitos que le era parecidísimo. Jesus ! (hacia el Don Diego) ; cómo parecido ? El talle , la habla , los meneos , no he visto tal cosa. Digo , Señor , que es admiracion grande , y que no he visto cosa tan parecida. Entonces las viejas , tia , y madre , dixeron que cómo era posible que un Caballero tan principal se pareciese á un picaron tan baxo como aquel : y (porque no se sospechase nada de ellas) dixo la una : Yo le conozco muy bien al señor Don Felipe , que es el que nos hospedó por orden de mi marido en Ocaña. Yo entendí la letra , y dixé que mi voluntad era , y seria servir las con mi poca posibilidad en todas partes. El Don Diego se me ofreció , y pidió perdón del agravio que me habia hecho en tenerme por el hijo del Barbero ; y añadía : No lo creerá V. md. su madre era hechicera , su padre ladron , su tio verdugo , y él el mas ruin hombre , y el mas mal inclinado que Dios tiene en el mundo. ¿Qué sentiria yo oyendo decir de mí en mi cara tan afrentosas cosas ? Estaba (aunque lo disimulaba) como en brasas. Tratamos de venirnos al Lugar yo , y los otros dos , y nos despedimos , y Don Diego se entró con ellas en el coche. Preguntólas que qué era la merienda , y el estar conmigo ; y la madre , y tia dixeron co-

mo yo era un mayorazgo de tantos ducados de renta, y que me quería casar con Anica: que se informase, y veria era cosa, no solo acertada, sino de mucha honra para todo su linage. En esto pasaron el camino hasta su casa, que era en la calle del Arenal, á San Felipe. Nosotros nos fuimos á casa juntos como la otra noche: pidiéronme que jugase, codiciosos de pelarme: yo entendíles la flor, y sentéme: sacaron naypes (eran hechizos como pasteles): perdí una mano, dí en irme por abaxo, y ganéles cosa de trecientos reales, y con tanto me despedí, y vine á mi casa. Topé á mis compañeros, Licenciado Brandalagas, y Pero Lopez, los cuales estaban estudiando en unos dados tretas flamantes, y en viéndome lo dexaron por preguntarme lo que me había sucedido: no les dixé mas de que me había visto en un grande aprieto. Contéles como me había topado con Don Diego, y lo que me había sucedido; consoláronme, aconsejando que disimulase, y no desistiese de la pretension por ningun camino, ni manera. En esto supimos que se jugaba en casa de un vecino Boticario juego de parar: entendíalo yo entonces razonablemente, porque tenia mas flores que un Mayo, y barajas hechas lindas: Determinamos de ir á darles un muerto (que

así llaman al enterrar una bolsa): envié los amigos delante, entraron en la pieza, y dixeron si gustarian de jugar con un Frayle Benito, que acababa de llegar á curarse en casa de unas primas suyas, que venia enfermo, y traía mucho del real de á ocho, y escudo. Crecióles á todos el ojo, y clamaron: Venga el Frayle en hora buena. Es hombre muy grave en la Orden (replicó Pero Lopez), y como ha salido se quiere entretener, que él mas lo hace por la conversacion: Venga, y sea por lo que fuere. Por el recato, dixo Brandalagas. No hay tratar de mas, respondió el huesped. Con esto ellos quedaron ciertos del caso, y créida la mentira. Vinieron los Acólitos: ya yo estaba con un tocador en la cabeza, mi hábito de Frayle Benito (que en cierta ocasion vino á mi poder), unos anteojos, y la barba, que por ser atusada no desayudaba, Entré muy humilde, sentéme, comenzóse el juego, ellos levantaban bien, é iban tres al mohino; pero quedaron mohinos los tres, porque yo, que sabia mas que ellos, les dí tal gatada, que en espacio de tres horas me llevé mas de mil y trescientos reales. Dí barato, y con mi Loado sea el Señor me despedí, encargándoles que no recibiesen escándalo de verme jugar, que era entretenimiento, y no otra cosa. Los otros

(que habian perdido quanto tenian) dábanse á mil diablos : despedíme , y salimos fuera. Venimos á casa á la una y media , y acostámonos despues de haber partido la ganancia. Consoléme con esto en algo de lo sucedido , y á la mañana me levanté á buscar mi caballo , y no hallé por alquilar ninguno ; en lo qual conocí que habia otros muchos como yo ; pues andar á pie parecia mal , y mas entonces. Fuime á San Felipe , y topéme con un lacayo de un Letrado , que tenia un caballo , y le aguardaba , que se habia acabado de apear á oír Misa ; metíle quatro reales en la mano , porque mientras su amo estaba en la Iglesia , me dexase dar dos vueltas en el caballo por la calle del Arenal , que era la de mi señora. Consintió , subí en él , y dí dos vueltas calle arriba , y calle abaxo , sin ver nada ; y al dar la tercera , asomóse Doña Ana. Yo , que la ví , y no sabia las mañas del caballo , ni era buen ginete , quise hacer galanterías : díle dos varazos , tiréle de la rienda , empinóse , y tirando dos coces , aprieta á correr , y dá conmigo por las orejas en un charco. Yo , que me ví así , rodeado de niños que se habian llegado (y delante de mi dama) , empecé á decir : ¡O hi de puta , no fuérades vos Valenzuela ! estas temeridades me han de acabar : habíanme dicho las ma-

ñas , y quise porfiar con él. Traía el lacayo ya el caballo , que se paró luego : yo torné á subir , y al ruido se habia asomado Don Diego Coronel (que vivia en la misma casa de sus primas). Yo que le ví , me demudé. Preguntóme si habia sido algo : dixé que no , aunque tenia estropeada una pierna. Dábame el lacayo priesa que no saliese su amo , y lo viesé ; que habia de ir á Palacio. Y soy tan desgraciado , que estándome diciendo que nos fuésemos , llega por detras el Letradillo , y conociendo su rocin , arremete al lacayo , y empieza á darle de puñadas , diciendo en altas voces , que qué bellaquería era dar su caballo á nadie ; y lo peor fue que volviéndose á mí , me dixo que me apease con Dios , muy enojado. Todo esto pasaba delante de mi dama , y de Don Diego. No se ha visto en tanta vergüenza ningun azotado. Estaba tristísimo , y con mucha razon , de ver dos desgracias tan grandes en un palmo de tierra. Al fin me hube de apear. Subió el Letrado , y fuese ; y yo por hacer la deshecha , quedé hablando desde la calle con Don Diego , y dixé : En mi vida subí en tan mala bestia : está ahí mi caballo obero en San Felipe , y es muy desbocado en la carrera , y troton : dixé como yo lo corria , y hacia parar : dixeron que allí estaba uno en que no lo

haria (y era de este Licenciado). Quise probarlo: no se puede creer qué duro es de caderas; y con tan mala silla, que fue milagro no matarme. Sí fue, dixo Don Diego; y con todo parece que se siente V. md. de esa pierna. Sí siento, dixé yo entonces; y me querria ir á tomar mi caballo, y á casa. La muchacha quedó en muy gran manera satisfecha, y con lástima, y sentimiento (como se lo eché de ver) de mi caída: mas el Don Diego cobró mala sospecha de lo del Letrado, y lo que habia pasado en la calle: y fue totalmente causa de mi desdicha, fuera de otras muchas que me sucedieron; y la mayor, y fundamento de las otras, fue, que quando llegué á casa, y fui á ver una arca, adonde tenia en una maleta todo el dinero que me habia quedado de mi herencia, y de lo ganado al juego, menos cien reales que yo traía conmigo, hallé que el buen Licenciado Brandalagas, y Pero Lopez habian cargado con ello, y no parecian. Quedé como muerto, sin saber qué consejo tomar de mi remedio. Decia entre mí: ¡Mal haya quien fia en hacienda mal ganada, que se vá como se viene! ¡Triste de mí! ¿qué haré? No sabia si ir á buscarlos, si dar parte á la Justicia. Esto no me parecia bien, porque si los prendian, habian de achacar lo del hábito, y

otras cosas, y era morir en la horca: pues seguirlos; no sabia por dónde. Al fin por no perder tambien el casamiento (que ya me consideraba remediado con el dote) determiné de quedarme, y apretarlo sumamente. Comí, y á la tarde alquilé mi caballico, y fuime hácia la calle de mi dama; y como no llevaba lacayo, por no pasar sin él, aguardaba á la esquina, antes de entrar, á que pasase algun hombre que lo pareciese, y en pasando, partia detras de él, haciéndolo lacayo sin serlo; y en llegando al fin de la calle, metíame detras, hasta que volviese otro que lo pareciese, y así daba otra vuelta. Yo no sé si fue la fuerza de la verdad de ser yo el mismo pícaro que sospechaba D. Diego, ó si fue la sospecha del caballo, y lacayo del Letrado, ó que se fue, que él se puso á inquirir quién era, y de qué vivia, y me espia. En fin, tanto hizo, que por el mas extraordinario camino del mundo supo la verdad; porque yo apretaba en lo del casamiento por papeles bravamente; y él, acosado de ellas, que tenían gana de acabarlo, andando en mi busca, topó con el Licenciado Flechilla (que fue el que me convidó á comer quando yo estaba con los Caballeros); y este, enojado de que yo no le habia vuelto á ver, hablando con Don Diego,

y sabiendo como yo habia sido su criado , le dixo de la suerte que me encontró quando me llevó á comer ; y que no habia dos dias que me habia topado á caballo muy bien puesto , y le habia contado como me casaba riquísimamente. No aguardó mas Don Diego ; y volviéndose á su casa , encontró con los dos Caballeros del Hábito , y la Cadena , amigos mios , junto á la Puerta del Sol , y contóles lo que pasaba , y díxoles que se aparejasen , y en viéndome á la noche en la calle , me magullasen los cascos , y que me conocieran en la capa que él traía , que la llevaria yo. Concertáronse ; y entrando en la calle , topáronme , y disimuláronse de suerte los tres , que jamas pensé que eran tan amigos mios como entonces. Estuvimos en conversacion tratando de lo que sería bien hacer á la noche hasta el Ave Maria. Entonces , despidiéndose los dos , echaron hácia abaxo , y yo , y Don Diego quedamos solos , y echamos á San Felipe. Llegando á la entrada de la calle de la Paz dixo Don Diego : Por vida de Don Felipe que troquemos las capas , que me importa pasar por aquí , y que no me conozcan : sea en buena hora , dixe yo : tomé la suya inocentemente , y dile la mia en mala : ofrecíle mi persona para hacerle espaldas ; mas él (que tenia trazado des-

hacerme las mias) dixo que le importaba ir solo ; que me fuese. No bien me aparté de él con su capa , quando ordena el diablo que dos que le aguardaban para cintarearlo por una murgercilla , entendiendo por la capa que yo era Don Diego , levantan , y empiezan una lluvia de espaldarazos sobre mí ; dí voces , y en ellas , y la cara conocieron que no era yo : huyeron , y quedéme en la calle con los cintarazos : disimulé tres , ó quatro chichones que tenia , y detúveme un rato , que no osé entrar en la calle de miedo. En fin , á las doce , que era la hora que solia hablar á mi dama , llegué á la puerta , y emparejando , cierra conmigo uno de los dos (que me aguardaban por Don Diego) , y con un garrote dame dos palos en las piernas , y derríbame en el suelo , y llega el otro , y dame un trasquilon de oreja á oreja : quítanme la capa , y déxanme en el suelo , diciendo : Así pagan los pícaros embustidores mal nacidos. Comencé á dar gritos , y á pedir confesion ; y como no sabia lo que era , sospechaba por las palabras que acaso era el huesped , de quien me habia salido con la traza de la Inquisicion , ó el Carcelero burlado , ó mis compañeros huidos ; y al fin yo esperaba de tantas partes la cuchillada , que no sabia á quien echársela ; pero nun-

ca sospeché en Don Diego, ni en lo que era. Daba voces á los capeadores; y á ellos vino la Justicia: levantáronme; y viendo mi cara con una zanja de un palmo, y sin capa, ni saber lo que era, asiéronme para llevarme á curar. Metiéronme en casa de un Barbero: curóme: preguntáronme dónde vivia, y lleváronme allá: acostéme, y quedé aquella noche confuso, y pensativo, viendo mi cara partida en dos pedazos, magullado el cuerpo, y tan lisiadas las piernas de los palos, que no me podía tener en ellas, ni las sentia. Yo quedé herido, robado, y de manera, que ni podía seguir á los amigos, ni tratar del casamiento, ni estar en la Corte, ni ir fuera.

CAPITULO XXI.

De mi cura, y otros sucesos peregrinos.

He aquí á la mañana amanece á mi cabecera la huésped de casa, vieja de bien, edad de Marzo, cinquenta y cinco, con su Rosario grande, y su cara hecha en orejon, ó cáscara de nuez, segun estaba arada. Tenia buena fama en el Lugar, y echábase á dormir con ella, y con quantos querian: templaba gustos, y careaba place-

res: llamábase Tal de la Guia: alquilaba su casa, y era corredora para alquilar otras. En todo el año no se vaciaba la posada de gente. Era de ver cómo ensayaba una muchacha en el taparse, enseñándola lo primero quáles cosas habia de descubrir de su cara. A la de buenos dientes, que riese siempre, hasta en los pésames: á la de buenas manos, se las enseñaba á esgrimir: á la rubia un bamboléo de cabellos, y un asomo de guedejas por el manto, y la toca: á buenos ojos, lindos bayles con las niñas, ya dormidillos, cerrándolos, ya elevaciones mirando arriba. Pues tratada en materia de afeytes: cuervos entraban, y les corregia las caras, que al entrar en sus casas, de puro blancas no las conocian sus maridos; y en lo que ella era mas estremada, era en remendar virgos, y adobar doncellas. En solos ocho dias que yo estuve en casa la ví hacer todo esto; y para remate de lo que era, enseñaba á pelar, y á las mugeres refranes que dixesen. Allí les decia cómo habian de engazar la joya, las niñas por gracia, las mozas por deuda, y las viejas por respeto, y obligacion. Enseñaba pediduras para dinero seco, y pediduras para cadenas, y sortijas. Citaba á la Vidaña, su concurrente en Alcalá, y á la Planosa en Burgos, mugeres de todo embustir. Esto he dicho para que